

PRÓLOGO

El 14 de marzo de 1938, los soldados fascistas italianos agrupados en el Cuerpo de Tropas Voluntarias (CTV) entraron triunfantes en Alcañiz. Solo once días antes, sus aviones, la Aviación Legionaria, habían bombardeado la población causando entre sus vecinos civiles una de las mayores tragedias del conflicto armado español, más de doscientas cincuenta víctimas mortales y centenares de heridos. Los militares, además, asentados en la localidad durante algún tiempo en plena campaña de demolición del frente de Aragón, establecieron aquí un hospital exclusivo con servicios quirúrgicos y pabellones de reposo para sus heridos. La población de Alcañiz, como en tantos lugares sometidos, se vio obligada a alojar en sus casas a este ejército extranjero, el mismo que había acabado con la vida de muchos de sus vecinos, destruido viviendas y conquistado a mayor gloria del bando franquista este emblemático lugar del Bajo Aragón.

Las fotografías tomadas en la campaña española por militares italianos como el teniente Guglielmo Sandri, de la División *Littorio*, o el también divisionario sargento mayor Michele Francone, no revelan el dolor y la devastación que sus mismos correligionarios sembraban en el territorio aragonés, antes al contrario, se recrean en los desfiles y procesiones, en el movimiento de tropas, en la reconstrucción de puentes o en los retratos, incluso de una población civil que, a la vista de estos testimonios gráficos, parece recibir con alivio la presencia de unos aliados que burlaban con absoluto descaro los tratados internacionales de no intervención, acuerdos interesados que tanto perjudicaron al Gobierno legítimo de la República.

El historiador Dimas Vaquero Peláez, máximo exponente en la investigación de la presencia italiana en el escenario de guerra aragonés, como ya demostró en su notable ensayo *Crear, obedecer, combatir... y morir* (Institución Fernando el Católico, 2006), rastrea las huellas dejadas por los “camisas negras” que habían desembarcado en Cádiz en febrero de 1937 y que llegaron a Aragón en agosto para intervenir en la batalla de Zaragoza, que tuvo en Belchite los momentos de mayor dramatismo, y posteriormente en Teruel; si bien su participación armada más intensa, como ha quedado anotado, se materializó en la caída del frente de Aragón, a lo largo del mes de marzo de 1938. La imparable progresión de las tropas fascistas en dirección al Mediterráneo acabó con la

resistencia republicana y prácticamente con la guerra en suelo aragonés, salvo el episodio conocido como la Bolsa de Bielsa.

Dimas Vaquero no solo ha trabajado en los más importantes archivos españoles e italianos para seguir el curso de las operaciones militares en el ámbito de la agresiva estrategia propiciada por Mussolini, también ha viajado por todos los lugares donde hubo presencia de estos soldados voluntarios, para registrar en su cuaderno de bitácora los vestigios dejados en los mismos, con lo que su estudio se convierte además en una guía de patrimonio bélico, al tiempo que en tratado de sociología del frente y la retaguardia. Relaciona, asimismo, los nombres de todos los soldados italianos muertos en Aragón y enterrados hoy en el monumento funerario zaragozano conocido como *Sacrario Militare*. Configura, por tanto, un estudio omnicomprensivo de la comparencia de los legionarios en la geografía de Aragón durante la guerra.

Le interesan al investigador todos aquellos espacios de memoria en los que pueda datarse un monumento funerario, un monolito con el nombre de un soldado muerto en combate, una placa o un enterramiento. Describe con precisión las características del lugar y recrea los elementos estéticos, generalmente circunscritos a la esfera simbólica de lo castrense de carácter totalitario y grandilocuente. La Falange española halló inspiración en estos monumentos, al igual que en la pose e indumentaria de los italianos, para incorporar tales ritos y ceremoniales a su propia puesta en escena.

Ha seguido Dimas Vaquero las vicisitudes de todos los enterramientos militares realizados en los pueblos aragoneses hasta dar sepultura definitiva a los restos en el citado *Sacrario Militare*. De este modo, a través de documentos, registros civiles y eclesíásticos, entrevistas y, en definitiva, ingente trabajo de campo, ha levantado acta de los nombres y apellidos de muchos soldados hasta entonces anónimos.

Igualmente, propone un viaje a través de los distintos asentamientos de las tropas, ofreciendo detallada información de los enfrentamientos bélicos, pero también de la habilitación de hospitales o de las ceremonias de exaltación necesarias para levantar la moral de las tropas, tanto como para resaltar la superioridad de los ejércitos fascistas frente a las milicias republicanas. Anota asimismo el historiador, el ambiente que se vivía en la retaguardia, los detalles de convivencia con la población civil, las relaciones que se establecieron entre los soldados italianos y las mujeres españolas, vínculos que a veces determinaban matrimonios y ocasionalmente solo descendencia y olvido.

Y todo ello, sin duda, sin perder el referente de la guerra y su cortejo de muerte y destrucción, máxime atendiendo a las consignas del decálogo fascista que conmina a los suyos a vencer por cualquier medio o morir. Así, Dimas Vaquero, subraya en el capítulo de acciones bélicas los bombardeos sobre la población civil para impulsar el avance imparable de las legiones por Aragón,

Levante y Cataluña, hasta la victoria final y la instauración de un régimen dictatorial al que Mussolini contribuyó con el envío a España de más de ochenta mil soldados, de los que más de cuatro mil perdieron aquí la vida.

La presencia de los italianos en Aragón queda simbolizada en la actualidad en el *Sacario Militare*, donde paradójicamente también reposan los restos de brigadistas internacionales y voluntarios que vinieron a España en auxilio de la República. Zaragoza fue la ciudad elegida para levantar este monumento al fascismo en el que agrupar a los caídos, convirtiéndose de este modo y merced a la presencia de cónsules de la máxima confianza de Mussolini y su régimen, en un referente de intrigas y espionaje durante la Segunda Guerra Mundial. Capítulo este, que tampoco elude Dimas Vaquero en esta obra llamada a convertirse en una referencia en la historiografía de la Guerra Civil en Aragón.

Víctor Pardo Lancina